

JAVIER SIERRA

LA PIRÁMIDE INMORTAL

EL SECRETO EGIPCIO DE NAPOLEÓN



Javier Sierra



La pirámide inmortal
El secreto egipcio de Napoleón

 Planeta

Ilustración de las guardas: *Napoleón Bonaparte visita la Gran Pirámide de Giza* (Egipto, expedición de 1798-1799), litografía de J. B. Madou (15 x 20,5 cm), *La Vie de N. Brussels (Jobard)*, 1827, © Laurent Lecat / akg-images / Album

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Sierra, 2002, Picatrix, S. L., 2014

www.javiersierra.com

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Fotografías de interior: © José Gabriel Astudillo / © David Rumsey Historical Map Collection / © Colección Particular / © Wagner & Debes, Leipzig

Primera edición: agosto de 2014

Depósito legal: B. 15.792-2014

ISBN: 978-84-08-13144-1

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Gran Pirámide, meseta de Giza.**12 de agosto de 1799**

«¡Atrapado...!».

El pulso del soldado se aceleró, golpeando sus sienes con la fuerza de una maza.

Todo se precipitó al extinguirse su última antorcha.

Su cuerpo, hasta entonces firme, se desplomó como si las garras de un enorme dragón hubieran tirado de él hacia el centro de la Tierra. El golpe lo dejó consciente pero desorientado. No acertaba a comprender qué o quién lo había agredido. No le dolía nada. No se había roto ningún hueso. No parecía herido. Pero por alguna razón sus piernas habían dejado de sostenerlo. ¿Qué podría haber derribado a un hombre de su naturaleza, fuerte y testarudo, en el centro de una habitación vacía?

¿Una crisis de ansiedad? —tragó saliva.

¿La picadura de un insecto?

¿Lo habrían envenenado tal vez?

Antes de encontrar una respuesta aceptable, las pupilas del extranjero se dilataron por completo. Con horror acababa de descubrir que no eran solo las piernas las que no le respondían; también estaba perdiendo el control sobre los movimientos del cuello y sobre los dedos de sus manos.

De poco sirvió que aquel joven de casi treinta años, sano hasta hacía un minuto, aumentara el ritmo de su respiración y tratara de sacudirse, desesperado. Ni tampo-

co que, tendido de espaldas contra el suelo, paleteara el aire con los brazos. Estos también languidecían a un ritmo preocupante como si todo en él, salvo el pánico, fuera a apagarse de un momento a otro.

—¿Qué me pasa? —gritó con la mirada clavada en ninguna parte, haciendo un esfuerzo sobrehumano—. ¡Sáquenme de aquí!

Entonces, la voz también se le apagó. Y convencido de que iba a morir, parpadeó por última vez.

Aquella repentina parálisis lo dejó inerte en el suelo durante un tiempo difícil de precisar. La sala en la que se encontraba, un recinto de paredes, enlosado y techumbre de granito rojo, pulido, de unos diez metros de largo por cinco de lado, se había diluido por completo en las tinieblas. El humo de su antorcha terminó por desaparecer de su nariz y los que hasta entonces habían sido los únicos signos vitales del lugar —una pareja de murciélagos chillones colgados del techo y algún que otro grillo— enmudecieron como si ellos también se confabularan con la oscuridad.

Pronto el soldado no sintió siquiera la dureza del suelo. Su espalda encontró acomodo en el piso y al poco su pecho dejó de agitarse de forma compulsiva. Allí tendido, incapaz de reaccionar, su mente arrinconó por su cuenta los méritos militares y la misión que lo habían llevado a semejante situación.

«¡Santo Dios!», de golpe lo vio todo claro. «¡Me estoy muriendo!».

El joven no tardó en comprender que su parálisis no se debía solo a causas ajenas. Fuera lo que fuese lo que lo había derribado, el miedo estaba impidiéndole recuperar el control de la situación. Debía romper la inercia de los acontecimientos. Había sido entrenado para mantener la mente fría ante las peores situaciones... y esa, sin duda, era la más horrible que podía imaginar. Así que, en un costo-

so ejercicio de lucidez, decidió alejar su mente del miedo y concentrarla solo en aquello que le diera fuerzas.

Lo primero que le vino a la memoria fueron imágenes de su infancia. Mediterráneo. Pinos al borde del mar. Casas encaladas. Cuestas interminables. Córcega. Un tiempo en el que bajaba a diario a jugar a la playa con sus hermanos, soñando con embarcarse en alguno de los grandes buques que recalaban en Ajaccio. ¡Ya entonces sabía que iba a cruzar los mares! Enseguida salieron a su rescate nuevas sensaciones. Sus años de academia en París. Sus primeros flirteos a orillas del Sena. Sus sueños de grandeza. Y sus lecturas de héroes del mundo clásico. Pero nada fue tan fuerte como recordar los brazos de Leticia, su madre... «Te llamarán Napoleón, *Neapollon*, el Nuevo Apolo... Recuérdalo siempre que estés en peligro, hijo mío, porque estás llamado a resplandecer. A vencerlos a todos».

¿Resplandecer?

¿Vencer?

El soldado quiso llorar. Había escuchado en alguna parte que el recuerdo de tu madre te visita siempre justo antes de entregar el alma. Pero sus ojos tampoco lo obedecieron.

El ciudadano Napoleón Bonaparte —o lo que quedaba de él— se había quedado definitivamente solo en aquel lance, aislado bajo toneladas de piedra, a oscuras, sin un maldito mapa que marcara su camino de salida, sin yesca de repuesto ni agua, alimento... o iniciativa.

«¿Cómo he sido tan torpe?».

Si hubiera podido, se habría golpeado con sus propios puños.

«¿Cómo yo, bregado en tantas emboscadas, he olvidado tomar precauciones?».

«¿Cómo me he dejado convencer para quedarme aquí,

en el vientre del edificio más antiguo de la Tierra, solo, sin mis hombres?».

Esos reproches pasaron por su mente en un suspiro. Como si su identidad tuviera prisa por diluirse en el caudal de emociones desatado por aquella caída. Pero paralizado y todo, cuando estaba a punto de cerrar los párpados para entregarse al sueño eterno, el extranjero tuvo un último destello de lucidez.

Oyó algo.

Un grito lejano.

Apenas un susurro.

«¡Providencia!».

Fue como si esa palabra se iluminara en lo más profundo de su mente. Aunque su irrupción fue fugaz, Bonaparte reconoció al punto su origen. Conocía muy bien ese tono. Lo había oído de labios de otra mujer excepcional. Una criatura de una belleza sin parangón, con los ojos aguamarina más extraordinarios que había contemplado jamás. Que esa imagen casi celestial acudiera en su rescate en lo que creía era su último momento le dio un brío inesperado.

«¡Providencia!», se repitió.

Y un torrente de vocablos pronunciados por aquella misma voz femenina —fuerte y sensual a un tiempo— lo embriagó por completo.

«¡Destino!».

«¡Fuerza mayor!».

«¡Karma!».

«¡Plan Supremo!».

La euforia ya no lo abandonó.

«¡Designio!».

«¡Futuro!». Recitó de memoria.

El comandante en jefe de las fuerzas de ocupación francesas en Egipto se aferró entonces, con una determinación

poco común, a lo único que —comprendió al fin— podría sacarlo de allí: confiar.

«¡Eso es!», se alborozó.

Debía recuperar la fe. Su providencial confianza en la victoria, como cuando el año anterior atravesó los Alpes y conquistó Italia. Su esperanza en ese destino brillante que su madre ya creía escrito en alguna parte y que la última mujer que se cruzó en su vida acababa de ratificarle resurgiendo de los pliegues de su memoria. La certeza, en definitiva, de que su existencia no podía extinguirse a solo tres días de cumplir los treinta años.

«Estoy llamado a resplandecer», se recordó.

Más animado, dictó entonces algunas órdenes rápidas y sencillas a su cuerpo. Primero intentó mover los dedos de los pies dentro de sus botas; lo logró. Luego apretó los dientes con fuerza y se aclaró la garganta con toses cortas y secas. Y espoleado por esos pequeños avances, consiguió al fin articular uno de sus brazos.

Por desgracia, sus progresos se detuvieron ahí. Su concentración se vino abajo, los recuerdos de aquellas poderosas mujeres se esfumaron, y cuando comprobó que todavía era incapaz de levantarse se desesperó.

Seguía vivo, esa era la buena noticia, pero ahora el miedo volvía a atenazarle.

«¿Y si no tengo destino?».

«¿Y si...? ¿Y si todo acabase aquí?».

Entonces llegó el frío.

La temperatura de la sala se desplomó de repente aumentando todavía más la rigidez de su cuerpo. En realidad, era incomprensible que algo así estuviera sucediendo. Se encontraba recostado dentro de la Gran Pirámide de Egipto, a las puertas del Sáhara, en pleno mes de agosto, con los calores más severos del año. Aunque ya era de noche y las temperaturas habían bajado, era imposible que ese

descenso se dejara notar dentro de una mole como la Gran Pirámide. El soldado estaba atrapado a unos cincuenta metros sobre el nivel de la meseta, separado del exterior por una pared de al menos otros sesenta metros de grosor. De hecho, nunca, ni pernoctando al raso, había sentido un desplome parecido de calor. Era como si la atmósfera de aquella habitación se hubiera densificado, dando paso a una maraña de alfileres de hielo dolorosos de respirar.

Bonaparte supo entonces —con una certeza irracional pero absoluta— que algo crucial estaba a punto de sucederle.

Durante los segundos siguientes ni siquiera parpadeó. No pudo.

Y, al fin, tras otro tiempo difícil de precisar, sus pupilas creyeron distinguir una sutil conmoción en las tinieblas.

Era absurdo y lo sabía.

Había decidido quedarse encerrado en aquel lugar por voluntad propia. Le habían convencido para enfrentarse a una prueba de valor que, si lograba vencer, multiplicaría exponencialmente su reputación ante unas tropas que no habían conocido más que dificultades desde que desembarcaran en Egipto. Estaba seguro, pues, de que nadie —ni francés, ni turco, ni egipcio— se habría atrevido a desafiar sus órdenes y ascender las incómodas galerías que había dejado atrás para venir en su ayuda.

¿Pero entonces?

«¡No estoy solo!». El pensamiento casi hizo brincar el cuerpo inerte de Bonaparte. «¡Hay alguien ahí!».

Descompuesto pero en guardia, hizo acopio de sus últimas fuerzas. Necesitaba someter la voluntad de su cuerpo. Y con el corazón en la boca, apretando los dientes que ya había conseguido domeñar, logró que su cabeza cayera a un lado.

«¡Resplandeceré!».

Bonaparte, satisfecho, forzó entonces la mirada hacia donde intuía que había quedado la entrada a su tumba.

«¡Dios!...».

Al principio no supo interpretar lo que veían sus ojos. No era posible que una nube de polvo del exterior hubiera llegado tan adentro. En la pirámide no existen las corrientes de aire. Pero aquello no era lo que parecía. Una nube en suspensión, con una fosforescencia que recordaba a la luz de la luna, se había instalado a poca distancia de sus mejillas. No era lo bastante potente para iluminar nada a su alrededor, pero gravitaba como anclada en medio de la nada.

Bonaparte la observó con detenimiento, embelesado. Y al poco tuvo la certeza de que *aquello* era solo el aviso de algo más importante. Y es que, al fondo de la sala, muy por detrás de esa claridad que tenía frente al rostro, se habían dibujado las siluetas de dos personas.

No le fue fácil reconocerlas.

Estas, como la nube, parecían hechas de una sustancia etérea. Emitían un imperceptible fulgor verde. No se movían ni parecían mostrar interés alguno por el hombre que estaba tumbado en medio de la sala. Debían de ser el producto de una fuerte alucinación, pero eran tan corpóreas que durante un instante Bonaparte luchó por levantarse y echar a correr hacia ellas.

—¿Quiénes... sois? —tartamudeó, frustrado, desde el suelo.

Nadie respondió.

¿Se estaba volviendo loco?

Y Napoleón Bonaparte, demudado, hizo entonces lo único que su cuerpo le permitió: inspiró aire en un vano intento por poner de nuevo su mente en blanco y volver a los recuerdos que le habían fortalecido. Tal y como había aprendido meses atrás en Nazaret, cerró los ojos y vació

sus pulmones. Lo hizo una, dos, hasta tres veces. Pero fue inútil. Ni por un instante pudo sacudirse la idea de que acababa de ser enterrado vivo. Y lo peor: que alguien vigilaba de cerca su agonía.

Fue entonces cuando el muy respetado general Napoleón Bonaparte, señor de Egipto, comandante en jefe de las tropas de ocupación francesas, se derrumbó.

¿Soñaba?

¿Había muerto ya?

El extranjero se desperezó sobre el enlosado de la llamada Cámara del Rey con la sensación de haber regresado de un largo sueño. Nada más abrir los ojos y enfrentarse de nuevo a las tinieblas supo que las cosas habían cambiado. ¡Podía moverse! ¡Sus músculos lo obedecían! ¡Podía gritar! Y aún mejor, ¡podía ponerse en pie!

Con todo, había algo que seguía allí: esa extraña sensación de no ser el único que estaba dentro de la Gran Pirámide.

—¡Aquí me tenéis...! —gritó, apartándose el cabello del rostro en un gesto sencillo pero lleno de significado para él—. ¡No os temo! ¡Manifestaos si os atrevéis!

Sin embargo, el vientre del monumento solo le devolvió el eco de sus palabras.

A tientas palpó entonces las paredes de la estancia en busca de la pequeña abertura que había cruzado al entrar. El hedor a excrementos de murciélago que lo había recibido horas antes se había instalado de nuevo en su garganta, confirmandole que estaba de regreso en el mundo de los vivos.

Se alegró.

Pero ¿dónde estaban los misteriosos visitantes de brillo verduzco que había visto? ¿Dónde la voz femenina que había acudido en su ayuda?

Y la niebla plateada a ras de suelo, ¿adónde había ido a parar?

¿Cómo iba a explicar a nadie lo que acababa de ver?

Mientras buscaba un punto de apoyo, se cruzó por su mente una idea absurda tras otra. ¿Y si todo lo que acababa de experimentar formaba parte de la prueba a la que había aceptado someterse? ¿Y si su soledad, su parálisis, incluso su visión, fueran una suerte de ejercicio urdido por los hombres que lo habían guiado hasta allí? Es más, ¿y si todo fuera una trampa para hacerlo dudar de su sano juicio?

Bonaparte hizo memoria: Elías Buqtur, el hábil intérprete copto que le había servido de cicerone desde su desembarco en el país hacía justo un año, era quien lo había llevado a las lindes del desierto con la promesa de revelar algo extraordinario allí dentro. Ambos habían hablado muchas veces de las pirámides y de sus secretos. Aquellos monumentos capaces de hacer sombra a la mismísima catedral de Notre Dame eran todo un desafío para una mente como la suya. En Egipto se decía que eran tumbas y, sin embargo, en ninguna nadie había sido capaz de encontrar un solo enterramiento. Decían también que guardaban tesoros inimaginables, pero todas se hallaron vacías. Buqtur le explicó que era un error muy extendido considerar que su secreto consistía en algo tangible, material.

De haber algo en su interior era de naturaleza espiritual, le dijo.

—¿En serio? ¿No hay oro en las pirámides? ¿Debo creerle? —preguntó al copto.

—Decididlo vos —respondió él con una sonrisa.

Justo aquel 12 de agosto el Nilo acababa de desbordarse esparciendo su limo por los campos del Delta. Puntual a su cita, la llegada de la inundación anual anunciaba otra temporada de buenas cosechas. Los egipcios estaban de

fiesta. Celebraban la generosidad de la madre Naturaleza. Era el momento perfecto para acercarse a la zona de las pirámides en busca de esos secretos invisibles sin llamar la atención.

—¿Sabéis qué dicen de la Gran Pirámide los viejos de Giza, señor?

La mirada astuta y profunda de Elías Buqtur sabía cómo atrapar la atención de Bonaparte.

—Dímelo tú.

—Que quien la domine dominará el universo.

Pues bien: eso, el poder, fue exactamente lo que lo había llevado hasta allí.

Ahora empezaba a recordarlo todo.

Con su fina inteligencia y sus ademanes casi europeos, Elías —un hombre de su edad, algo orondo y con barba cuidada, como de jeque adinerado— lo había convencido de que su asistencia al rito de la pirámide era fundamental.

—Pero nadie debe saber que venís —lo previno.

—¡Eso es imposible! —protestó Bonaparte—. No puedo atravesar El Cairo sin mi escolta. Sería demasiado peligroso.

—Entonces, disponed del cortejo más discreto que podáis, señor. El general Kléber se ha ofrecido a protegeros con un puñado de hombres que no llamen demasiado la atención.

—¿Teméis algo, Elías?

—Temo que haya fuerzas que quieran interponerse entre la pirámide y vos.

—Eso no pasará si llevo a la guardia conmigo.

—Atendedme bien, señor —lo atajó—: si una vez llegados a la Gran Pirámide vuestras tropas no os dejan a solas en su interior, podéis estar seguros de que la pirámide no os revelará su secreto. No os hablará. Y eso será tan malo como que esas fuerzas nos descubran.

Napoleón no discutió. Y el comandante en jefe de las tropas de ocupación francesas, insólito en él, se fio de aquel hombre.

Ahora sus dudas eran otras: ¿cómo había podido saber Buqtur que iba a ver algo —o a alguien— dentro del viejo monumento? ¿Cabía la posibilidad de que lo hubiera drogado, dejado a merced de sus visiones, y conspirado para someterlo a una farsa, todo con la intención de doblegar su voluntad? ¿Pretendía su intérprete inculcarle miedo a él, al libertador de Egipto?

Sacudió la cabeza.

Aún estaba confundido.

En sus recuerdos no encontraba prueba alguna para defender una idea como esa. La puesta en escena de la que creía haber sido víctima era demasiado compleja. Demasiado irreal. La realidad había sido mucho más simple. Escortados por un pequeño grupo de hombres armados y cuatro pollinos cargados de víveres y mantas, Buqtur y él atravesaron horas antes, en una gran barcaza, la aldea de Nazlet-el-Sammam rumbo a la Gran Pirámide. No hubo ocasión para comer o beber veneno alguno. De hecho, después de remontar la depresión en la que descansa la Esfinge, se habían dirigido a caballo hacia su objetivo sin ver tampoco a nadie que pudiera hacerle sospechar. Como cada atardecer, el astro rey tiñó de oro viejo las ruinas milenarias, haciéndolas hermosas a la vista. Y basta.

—Señor —le anunció Buqtur en un francés exquisito, en cuanto lo condujo a la cámara en la que ahora barruntaba todo aquello—: antes de que la pirámide os revele su lección, sabed que deberéis vaciar aquí vuestra alma.

—¿Y eso qué significa?

—Enseguida lo sabréis. —Sonrió—. Es un proceso que se logra con dolor. ¿Resistiréis?

—Lo haré —asintió Bonaparte.

—¿En soledad?

—No tengo miedo.

Elías lo abrazó.

—Esta prueba siempre ha transcurrido así, señor. Es la ley. Así la vencieron César o Alejandro el macedonio. Y ambos, como bien sabéis, llegaron a convertirse en señores de Egipto. Hoy también vos os enfrentaréis a ella si anheláis compartir ese honor con ellos y gobernar nuestra tierra.

Fue así, sin más, que el general aceptó quedarse a merced de la pirámide.

«¿Cómo he podido ser tan temerario?», se reprendía ahora.

Recordaba muy bien la última mirada de Buqtur. Estaba llena de un temor ancestral y supersticioso. Quizá el mismo que había llevado a los mamelucos derrotados por sus tropas a bautizarlo como «Bunabart el diabólico». Los muy torpes se lo imaginaban como una especie de *djinn* poderoso, de espíritu maléfico provisto de uñas largas y afiladas con las que destripaba a sus adversarios, capaz incluso de petrificarlos con la mirada.

Bonaparte no ignoraba lo generoso que había sido el destino con él, poniéndole en el sendero de la familia de Elías. Si lo que le había dicho era cierto, su clan llevaba generaciones conduciendo a los iniciados hasta las entrañas del Templo de Saurid, que era como los cairotas llamaban a la Gran Pirámide. Pero Buqtur, más providencialista aún que su nuevo señor, sí daba gracias a Dios en voz alta por aquel encuentro. A fin de cuentas, ninguno de sus antepasados había guiado a la Gran Pirámide a un candidato de rasgos tan poderosos como aquel.

—¿Y dónde me esperarás, Elías? —lo increpó Bonaparte al ver que su intérprete emprendía el camino de salida del monumento.

—Afuera, señor.

—¿Vos también, Jean-Baptiste? —interrogó a continuación mirando al general Kléber bajo la inestable luz de su antorcha. Él y tres dragones de la infantería francesa armados lo habían acompañado también hasta aquella sala.

—Solo si así lo ordenáis, señor.

Bonaparte se acarició el mentón.

—Está bien, idos —dijo.

Cuando la camisola negra del guía y la última casaca azul se perdieron por la galería que les había conducido hasta allí, dedicó el tiempo que le regaló su última antorcha para situarse. Fue pasado ese respiro, tal vez una hora más tarde, cuando aquella pesadilla se desató.

Bonaparte se estremeció al recordarlo.

Fue como si las puertas de la pirámide se hubieran cerrado de golpe tras él y para siempre.

La oscuridad cubrió el recinto sin miramiento.

La entrada al lugar, los murciélagos, los grillos, así como el gran cofre de granito que presidía la estancia se sumergieron en una noche repentina y densa.

Y todo quedó cubierto por el mismo espeso velo negro que ahora lo envolvía.

De hecho, solo la portezuela de acceso al recinto y el enorme arcón de piedra que descansaba al fondo de la sala habían quedado grabados en su retina. Este último era un tanque asombroso, tallado en una sola pieza de granito, pulido como un espejo, y lo suficientemente holgado como para recibir a un hombre en su interior.

¿Era allí donde debía vaciar su alma?

¿A oscuras?

¿Sería en ese cofre donde se determinaría su «peso»?

Y en ese caso, ¿cómo?

—No temáis. La pirámide os guiará, señor —le había advertido Elías Buqtur—. Dejaos llevar por el sagrado po-

der que nos legaron los antiguos señores de Egipto. No os resistáis. No tratéis de comprender. Aceptad lo que os llegue. Con eso bastará.

La idea le inquietó.

Nunca antes se había dejado llevar solo por el instinto. Ni siquiera sabía si sería capaz de suspender su juicio y participar en lo que, sin duda, parecía una etapa más en la «prueba de la pirámide» a la que se había dejado llevar. Pero el general ya no tenía nada que perder.

Y decidido, extendió sus manos en busca del tacto liso y gélido del granito.

Tras localizar el perfil del tanque justo donde lo recordaba, se encaramó a uno de sus extremos y se tumbó cuan largo era en su interior. Estaba dispuesto a aguardar a que los acontecimientos se sucedieran sin su injerencia y a resolver aquella embarazosa situación por la más pasiva de las vías.

«¿Qué quiso decir Elías con que vaciara aquí mi alma para dejármela pesar?», se preguntó mientras apoyaba su espalda contra el fondo del tanque.

Respiró hondo.

Lo hizo una, dos, tres veces.

Puso la mente en blanco.

Estiró piernas y brazos hasta lograr acomodarlos y olvidarse de ellos.

Y cerró los ojos.

Fue entonces cuando Napoleón Bonaparte hizo un descubrimiento terrible: aquel ataúd tenía exactamente sus medidas.